

Comunicar Desde la Trinchera. El Dircom en Tiempos del Terrorismo de ETA en España

Communicate From the Trenches. The communication Director in Times of ETA Terrorism in Spain

Revista Enfoques
de la Comunicación No. 9
Junio 2023, p259-p286.
p-ISSN: 2661-6939
e-ISSN: 2806-5646
Recibido: 09-mar-2023
Aceptado: 21-abr-2023

José L. López García¹
Docente
joseluis.lopez@unir.net
Universidad Internacional de la Rioja
Logroño, España

259

Resumen

Ser director de comunicación es –muchas veces– una profesión de riesgo, de alto riesgo, sobre todo si se desempeña en zonas de conflicto. Nuestra mente se hace cargo del peligro que corren reporteros afanados en mostrarnos la zona cero de un área donde no cesan las hostilidades entre bandos enemigos. Lo que nuestra retina no percibe es la persona, el cargo, que ha hecho posible rodar dicha escena o facilitar una entrevista controvertida. Casi siempre es el director de comunicación, jefe de prensa o dircom de una institución, de un líder, o de una formación política la que lo favorece poniendo, también, en esos ambientes, en riesgo su vida.

En la España de los últimos cincuenta años el terrorismo de la banda ETA sacudió a representantes de numerosas instituciones y estamentos del país. La necesaria labor informativa para cubrir sus atroces consecuencias

¹ Profesor de Marketing y Comunicación institucional y de gobierno en Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

no se detuvo gracias a la estrecha colaboración entre informadores y directores de comunicación. Sobre estos últimos, grandes olvidados, se pone la lupa en este ensayo pues durante esos años de plomo tuvieron vigilada su libertad de expresión, el espacio público reducido y menguado el ejercicio periodístico.

Fueron además fuente reconocida para contrastar informaciones y contribuir a un periodismo alejado de las *fake news* y por tanto de la desafección que hoy padece la profesión respecto al conjunto de la población.

Palabras clave: director de comunicación, dircom, ejercicio periodístico, terrorismo, ETA

Abstract

Being a communication manager is often a risky, high-risk, profession, especially if you work in conflict zones. Our mind takes charge of the danger that reporters are in, eager to show us ground zero of an area where hostilities between enemy factions do not cease. What our retina does not perceive is the person, the position, that has made possible to film said scene or facilitate a controversial interview. It is almost always the communication manager, press officer or dircom of an institution, a leader, or a political formation that favors him, putting his or her life in risk in those environments as well.

In the Spain of the last fifty years, terrorism has shaken representatives of numerous institutions and states in the country. The necessary informative work to cover its horrific consequences did not stop thanks to the close collaboration between informers and communication directors. On these last, largely forgotten, the magnifying glass is placed in this article because during those years

of lead they had their freedom of expression watched, the public space reduced and the journalistic exercise diminished.

They were also a recognized source to contrast information and contribute to a journalism far from fake news and therefore from the disaffection that the profession suffers today with respect to the population as a whole.

Keywords: communication manager, dircom, journalistic exercise, terrorism, ETA

Introducción

Cuando hablamos de los peligros de ejercer el periodismo en lugares con la libertad de expresión cuestionada, nuestra mente se llena enseguida de un mosaico de imágenes en las que ubicamos diferentes escenas donde los periodistas se convierten sin pretenderlo en protagonistas de sus propias noticias. Guerras, países en conflicto, zonas de alta inestabilidad estructural o incluso coyuntural demandan nuestra atención. Y para satisfacerla es necesario que alguien nos cuente desde dentro lo que allí suceda. Cuanto más grave sea la situación, mayor demanda de información se generará. Las expectativas del oyente, lector o espectador son altas y las empresas de medios están dispuestas a no defraudar. Es una cuestión de audiencias, pero también de posicionamiento empresarial. La batalla se juega por tanto en el frente bélico, pero también en el frente de la reputación empresarial. Tener un periodista, un reportero, en medio de las catástrofes dota a esa información de un incalculable valor añadido en la mayoría de los casos. Un informador en zona de conflicto es, sin duda, una inversión rentable, aunque a veces cueste convertir sus piezas informativas en apuntes contables. Su

alta rentabilidad está ligada a su elevado riesgo. Cuanto mayor sea éste, más grande será aquélla.

La cada vez mayor monetarización de la información no puede dissociarse de la condición humana, de la persona, del ser que encarna al periodista allí desplazado sin cuyo buen hacer profesional las noticias, simplemente, no existirían. De ahí que la información, la transmisión de la buena información, constituye un activo intangible de primera magnitud en cualquier empresa editorial.

Nadie sufriría por la lucha encarnizada entre dos países en guerra; nadie se preocuparía por una sociedad encolerizada que se levanta contra las decisiones controvertidas de sus gobernantes; nadie se solidarizaría con los afectados por una catástrofe natural si no hubiera allí alguien como nosotros, los espectadores, dispuestos a contarnos con lenguaje fácil lo que allí sucede, y dispuestos por tanto a creerlo como información cierta.

El periodista se convierte en alguien cómplice de quien le escucha, ve o lee; alguien de quien se espera sus crónicas con interés. Y cuyo crédito es altísimo.

Ahí radica el problema, es ahí donde el informador molesta por la difusión de determinados mensajes, comentarios e imágenes. Y es por lo que además del riesgo inherente por encontrarse en una zona conflictiva su proceder encarna otro riesgo no menor: el de la vigilancia cuando no el de la censura previa por parte de quienes se erigen en autoridades de las zonas en cuestión y se convierten en guardianes de la verdad, de «su» verdad.

Que el periodista es un personaje incómodo es algo de lo que nadie duda a estas alturas. Las cifras hablan por sí solas: 68 periodistas asesinados en el mundo en

2022 –reporteros, editores, fotógrafos, corresponsales, cámaras...– y 375 en prisión² (International Federation of Journalists, 2023).

Innumerables son los organismos e iniciativas en defensa de la labor de periodista, de su libertad de acción, de expresión, de movimientos³. Lo que demuestra que su elevada, variada y necesaria existencia es directamente proporcional al nivel de violencia que se ejerce contra quienes practican dicha profesión. Múltiples mecanismos de protección que aun así se han demostrado insuficientes pues 2022 ha sido, por ejemplo, el año más violento en décadas para la prensa de Latinoamérica y el Caribe con alrededor de 37 homicidios (ARTÍCULO 19, Comité para la Protección de Periodistas [CPJ], Fundación para la Libertad de Prensa [FLIP], IFEX–ALC, Reporteros Sin Fronteras [RSF], Sociedad Interamericana de Prensa [SIP], Voces del Sur [VdS], 2022). Asedio constante por tanto a quien ejerce la labor de informar. Se sigue procurando sin duda poner coto a semejante aberración pues las cifras de periodistas perseguidos, acosados y asesinados siguen al alza.

En pleno siglo XXI todo el mundo reconoce el valor de la información suministrada desde lugares en conflicto y desde zonas donde muchos de los derechos humanos están en permanente entredicho. Pero pocos se percatan

2 International Federation of Journalists. (2023). 2022 killed list. IFJ'S annual report on Journalists and media staff killed in 2022

3 Federación Internacional de Periodistas, Freedom House; Sociedad Interamericana de Prensa [SIP] (1946); Oficina del Representante Encargado de la Libertad de los Medios de Información de la OSCE [RFOM] (1975); Comité para la Protección de Periodistas [CPJ] – por sus siglas en inglés] (1981); Reporteros Sin Fronteras [RSF] (1985); Article 19 (1987), Freedom of Expression Exchange [IFEX], Organización de las Naciones Unidas para la Cultura, las Ciencias y la Educación [Unesco] (1945), International Media Support [IMS] (2001); Open Society Foundations [OSF] (1993), Media Defence [MD] (2008), Asociación Mundial de Periódicos y Editores de Noticias [WAN-IFRA] (1948), proclaman el 18 de diciembre Día Internacional para Poner Fin a la Impunidad de los Crímenes contra Periodistas.

del equipo humano necesario para que esa información tan valiosa llegue a nosotros, y nos llegue con los altos índices de calidad y credibilidad con la que lo hace. Hoy parece una obviedad el que se pueda informar desde escenarios violentos, y como espectadores casi lo exigimos como si de un derecho más nos asistiera.

El Dircom, Gran Desconocido

La labor de los informadores es por tanto muchas veces sublime, de ahí la obligación de reivindicar aquí el papel de los redactores, fotógrafos, de los operadores de cámara de vídeo, de los encargados del sonido...un elenco de profesionales sin cuya presencia invisible nada de lo que vemos, leemos o escuchamos sería posible.

Pero también existe otra figura que es colaborador necesario para que todo lo anterior prospere, llegue a su tiempo y en nuestros hogares no falte la información a lo largo de las 24 horas del día: el director de comunicación –dircom, en formato abreviado– de una determinada institución, partido, dirigente o evento. Sin él tal vez sería imposible disponer de imágenes de impacto, testimonios desgarradores, entrevistas de trascendencia, o simplemente transmisiones de una información básica sin la cual resultaría casi impensable acercarse a realidades que nos puedan resultar tan interesantes como ajenas.

Del director de comunicación se habla poco, se escribe poco, se sabe poco en definitiva. Viene a ser como el realizador de los programas de televisión. No se le ve, no se sabe casi nunca quién es, pero vemos por sus ojos y escuchamos por sus oídos. Tal vez un cargo de esta naturaleza se identifique muchas veces con una persona alejada de la calle, ausente de la primera línea informativa.

Un cliché, sin duda. Sin el director de comunicación los periodistas o reporteros en zonas de conflicto estarían perdidos, desorientados y en muchos casos desconcertados. Son a ellos a quienes los periodistas se dirigen en muchas ocasiones cuando de hacer una información de estas características se trata.

Hay un dircom para cada escenario, para cada institución, muchas veces para cada personaje político de cierta relevancia. Son ellos quienes pueden ayudar al periodista a moverse con celo y cautela en las procelosas aguas de las sociedades en conflicto.

Y si bien es cierto que las dramáticas estadísticas conocidas se centran en los informadores que han sido perturbados y asesinados, los derechos de los directores de comunicación también suelen verse afectados. Una realidad a la que se le presta poca atención, una realidad fuera de foco, pero una realidad que no debiera ser escondida y que, confiamos, estas líneas pueden contribuir a su reclamo como actor fundamental en la construcción de las informaciones periodísticas que a diario se cuelan en nuestros domicilios.

No hace falta estar pertrechado con un chaleco antibalas para sentir conculcados los derechos; ni atender solícito las exigencias de documentación y permisos de tales o cuales autoridades en un clima de tensión, que raya incluso la extralimitación, para advertir la escasa libertad que rodea los movimientos de un enviado especial a una zona en conflicto. Se puede trabajar en un despacho bien calefactado, con buena luz natural, y estar con los derechos bajo sospecha, bajo amenaza.

Informador/reportero y director de comunicación. Dos figuras distintas, pero también dos caras de la misma moneda que además de compartir información, en zonas de conflictos padecen ambos una situación latente de persecución y a quienes, además de informar les asiste también el deber de preservar sus vidas ante la amenaza constante de la que son objeto.

Dircoms en la España del Terrorismo de ETA

No hay que irse muy lejos para buscar zonas de conflicto. Es probable que el lector identifique unas cuantas en su entorno próximo o cercano. En Europa occidental, por ejemplo, en España, concretamente, también se ha vulnerado la libertad de los periodistas, del trabajo de informar en su conjunto. Bien por la acción terrorista directa sobre los periodistas, bien por el clima de acoso y amenaza por ellos vivido, el ejercicio de comunicar se ha visto seriamente alterado, seriamente perjudicado.

Dentro de este elenco de informadores, de este colectivo de periodistas cuya labor se ha visto desfigurada por la presión de la amenaza terrorista los directores de comunicación también han vivido una realidad poco conocida y nada deseada. En España, como decimos, se dieron situaciones de este tipo, pues los periodistas se sintieron en el punto de mira de la banda terrorista ETA durante los últimos años del siglo XX y la primera década del XXI (Korstanje, 2017).

ETA [Euskadi Ta Askatasuna] es el nombre de una banda terrorista vasca, marxista leninista, que bajo su idea de promover un País Vasco independiente de España asesinó a cerca de mil personas que no se sentían nacionalistas vascos, además de alentar y protagonizar la extorsión,

chantaje y amenaza sobre otras tantas. Funcionarios del gobierno de España, políticos, empresarios, Fuerzas y Cuerpos del Estado, miembros del Ejército, jueces fueron entre otras sus víctimas. Periodistas también (El Correo, 2008).

En la España democrática, por tanto, ha habido persecución al periodista, por mucho que el artículo 20 de su vigente Constitución de 1978 remarcará la libertad de prensa (Elidrissi, 2018; Molina, 2021; Amnistía Internacional, 2023). Y ha habido persecución a periodistas a quienes la banda terrorista consideraba molestos por las informaciones que, a su juicio, iban en contra de los postulados nacionalistas o rechazaban la ensoñación de una Euskadi independiente de España.

En este sentido las ponencias Oldartzen (1994) y Txinaurriak (1995) debatidas en el seno de la banda recogían la llamada «socialización del conflicto», eufemismo que escondía la licencia para atacar a todo aquél y todo aquello sospechoso de no pensar como ETA y de atreverse a señalar, incluso asesinar, no solo a quien no comulgara con su ideario, sino a quien se atreviera a afirmar, incluso, que matar estaba mal. Así fue como puso en su punto de mira a cargos públicos políticos del Partido Popular, del Partido Socialista, y a los medios de comunicación.

La amenaza a periodistas se materializó y ETA la consumó asesinando al columnista de «El Mundo» y miembro del Foro de Ermua⁴, José Luis López de Lacalle –7 de mayo de 2000– (El Mundo, 2000), y al director financiero de «El Diario Vasco», Santiago Oleaga –24 de mayo 2001– (González–Egaña, 2001), José María Portell, redactor jefe de «La Hoja

4 Asociación contra el terrorismo de ETA nacida en 1998 y promovida por intelectuales tras el secuestro y asesinato del concejal del PP en Ermua, Miguel Ángel Blanco.

del Lunes», el primero, lo sería en 1978 (Núñez, 2018). Los colectivos profesionales se sintieron desprotegidos, como la clase política.

A lo largo de la última década del pasado siglo XX ETA anunciaba que dirigía el cañón de su pistola hacia la clase política, hacia los representantes elegidos democráticamente en las urnas. ETA confirmó su amenaza y asesinó a varios políticos del Partido Popular y del Partido Socialista, hasta tal punto que toda la oposición llegó a estar escoltada. Una situación inédita en Europa occidental.

De hecho, de 1975 a 2008, 24 representantes constitucionalistas habían sido asesinados. Y entre 1995 y 2010 ETA ejecutó a siete concejales del PP Vasco y a otros siete del Partido Socialista de Euskadi-PSE⁵.

Y es aquí donde emerge a figura del director de comunicación, el dircom de las fuerzas políticas amenazadas, un híbrido entre político y periodista, que también se sentía señalado.

Profesional en Medio de la Tragedia

¿Cómo puede funcionar con normalidad un director de comunicación que vive bajo la amenaza permanente? En este sentido, España ha constituido un referente no deseado para analizar el trabajo de un dircom durante la existencia de terrorismo, en los momentos en el que su libertad de expresión, sentimiento o movimiento aparecen menoscabados.

En los primeros años del actual siglo XXI ETA ya no perseguía tanto la victoria militar –un imposible a todas luces– como obtener poder político sembrando el miedo y

⁵ En octubre de 2011 ETA anunció el final de su actividad terrorista, se desarmó en 2017 y se disolvió en 2018 (El País, 2018)

el odio, creando un clima de terror, y construir un entorno desfavorable para todos aquellos a los que no puede controlar (García, 2002). Aun así, se emplazó a sí misma a seguir generalizando el miedo durante una larga época de plomo y dolor.

Los directores de comunicación de las fuerzas políticas amenazadas y víctimas de atentados terroristas vivieron en primera persona la presión y tensión psicológica del periodista amenazado. Un estado de excepción que mutiló su libertad de expresión, le expulsó del espacio público y cercenó su ejercicio periodístico profesional.

Vaya por delante que la función de enlace del director de comunicación, en este caso entre un partido político y el medio de comunicación, nunca se truncó en España. Se llevó a cabo con limitaciones, con precauciones, con mucho tiento y procurando combinar profesionalidad y seguridad.

Retransmitir el Dolor

Ningún medio ha presenciado, y retransmitido, una acción descarnada del terrorismo etarra. En cambio, sí se ha televisado el dolor por él causado (Soria, 2001). Para que ese dolor nos llegara al conjunto de los ciudadanos y se nos hiciera partícipe de éste, debían coincidir en tiempo y espacio varios actores que, paradójicamente, no sintieran el dolor como tal; y que simultanearan y complementasen sus trabajos aun desde perspectivas e intereses profesionales diferentes e incluso contrapuestos.

Retransmitir el dolor producto de un acto terrorista ha sido, lamentablemente, y durante cuarenta años, una práctica habitual para los informadores afincados sobre todo en el País Vasco donde el terrorismo de ETA golpeó con mayor virulencia. Había por tanto experiencia. Repasemos

brevemente la secuencia.

El primer encuentro del informador con el suceso, con el acontecimiento trágico, solo le desprendía un rosario de datos sueltos sin apenas moldear. Pura materia prima que le servía al periodista para transmitir información primaria. Los medios televisivos por ejemplo llegados al lugar del crimen se hacían fuertes en la urgencia de la imagen, pero no en las causas del asesinato. Ni siquiera había tiempo para abrir un debate sobre si informar o no de un atentado terrorista favorecía a los intereses de sus autores. Sólo se dirimía el qué se informaba y cómo.

Para realizar su labor sobre el terreno los medios de comunicación nunca trabajaron solos. Fue determinante la contribución de un cooperador necesario: la del director de comunicación, la del jefe de prensa del colectivo al que ETA asestaba el golpe.

Pero esta relación impuesta por el devenir de los acontecimientos no era de igual a igual. Informador y responsable de prensa no trabajaban en esos momentos en las mismas condiciones humanas y psicológicas.

Comunicar Bajo la Amenaza

¿Cómo se podía establecer una estrategia de comunicación mediatizada por la posibilidad de sufrir un atentado terrorista en cualquier momento?

La forma de comunicar de un partido político que había sufrido el asesinato de varios de sus integrantes era cuando menos singular. Singular por cuanto había que sortear la amenaza, el miedo y la tensión. Y singular porque se debía mezclar autoprotección y comunicación. Contacto con la opinión pública sí, pero, por razones obvias, sin una exhibición que la hiciera vulnerable.

Así pues, la preparación de un acto público constituía toda una odisea. Lo era en recintos cerrados y se convertía casi en un imposible cuando se planeaba en el exterior. Asistir horas antes a una plaza pública o al cine de cualquier localidad para cuidar la preparación del evento forma parte del trabajo cotidiano de los responsables de comunicación. Hacerlo en plena ofensiva terrorista lo cambiaba todo. Cambiaba la manera de confeccionar el acto, cambiaba la manera de presentarse ante los responsables del local que se visitaba, cambiaba la forma de comunicarlo y la manera en la que tanto el responsable de prensa como el cargo público se relacionaban con los medios de comunicación.

Pero había más.

¿Cómo gestionar, por ejemplo, la seguridad de las comparecencias públicas de cargos amenazados? Una seguridad que no sólo concernía al cargo sino también al informador que acudía a cubrirlas, aunque muchas veces éste solo manifestara incompreensión por las medidas tomadas a pesar de que la seguridad también iba por él.

La organización apostaba por realizar, en la medida de lo posible, actos blindados, algo que afectaba a cargos del partido, público en general y medios de comunicación. Una seguridad que para evitar poner en riesgo a las personas asistentes forzaba multitud de cambios y modificaciones de convocatorias por amenaza de sabotaje, directa o velada. Como la seguridad, aun así, no estaba garantizada cien por cien, era habitual advertir situaciones de estrés más o menos controladas.

La actualidad no sabe de amenazas, y por tanto hay que seguirla y participar de ella en la medida de lo

posible para estar en contacto con la sociedad. Y el dircom se afana en ese cometido. Conseguir en tiempos de plomo ese equilibrio entre cubrir la noticia del día y proteger a la vez al protagonista amenazado no era tarea fácil. No obstante, se lograba con alguna comprensión tácita por parte de los medios de comunicación, con una cierta complicidad, digamos, al momento de realizar entrevistas en domicilios particulares de cargos amenazados.

¿Cómo administrar informativamente, por ejemplo, las reuniones internas de formaciones políticas tras haber sufrido un atentado, tras el asesinato de uno de los suyos en donde la angustia por quién podría ser “el siguiente” se hacía presente? ¿Era necesario permitir la entrada de los medios a ese tipo de reuniones internas que, sin embargo, tenían una fuerte carga política de respuesta democrática, ejemplar, y contundente, a los terroristas, a sus cómplices y a la sociedad en general?

¿Cómo preservar a los cargos políticos de ser grabados por operadores de televisión? ¿dónde iban a parar ciertas imágenes...? Comprensible era por tanto el miedo escénico a los medios por parte de políticos y cargos intermedios más vulnerables.

En ese tipo de encuentros el director de comunicación facilitaba la *desaparición* ante las cámaras de televisión de muchos que no deseaban ser reconocidos por más gente anónima, pues su conocimiento por la dirección de la banda terrorista lo daban por supuesto.

La acción del terrorismo por tanto no sólo condicionó la actividad normal de los partidos políticos y sus cargos, sino también el modo y la manera en que estos comunicaron y se relacionaron con los medios. O al menos con algunos

informadores, pues se daba la circunstancia a veces de que formaciones políticas tenían por la mañana en sus sedes a individuos en su calidad de periodistas, y por la tarde se les encontraban, como militantes de una opción política, concentrados frente a su puerta protestando, señalando y amenazando a esa misma formación política.

Sea como fuere, a la vista está que la comunicación vivió rodeada y salpicada de muchas cortapisas.

Convocatorias express, modificaciones a último momento en las ubicaciones y horas de las citas con los medios; burlar o retrasar el anuncio de la presencia de tal o cual líder en una entrevista en directo... Comprensión mutua debió haber entre medios y partidos políticos para sortear las dificultades objetivas con las que ambos tuvieron que trabajar. La autodefensa necesaria llevaba aparejada una serie de atrabiliarios movimientos que impedían realizar una comunicación normal, siendo muchas veces hasta clandestina.

Y en todo ello el papel del dircom jugó un papel trascendental pues era el encargado de diseñar una logística de emergencia que pudiera ser compartida tanto por medios como por la clase política.

¿Cómo trabajar pues en escenario de riesgo?

Gestión Desapasionada de la Información

Solo el asesino sabía quién sería la víctima, su víctima, y cómo iba a morir. Sólo él conocía la manera en la que perpetraría el atentado. Consumada la masacre el ejecutor haría mutis por el foro dejando que al escenario se aproximasen familiares, vecinos, compañeros del asesinato, y medios de comunicación.

El silencio entonces invadía el lugar, un silencio tan solo rasgado por el soniquete discontinuo de un lloro casi siempre anónimo, y escondido. La secuencia se repetía.

Sacudida la conmoción inicial daba comienzo la difusión del hecho luctuoso. Todo fluía muy rápido, y sin necesidad de internet. Lo primero que urgía era contactar con el responsable de comunicación de la formación o de la institución de la que el asesinado era miembro o cargo público.

Se iniciaban así unas duras jornadas que se sabían extensas, intensas, y profesionalmente debían ser impecables no pudiendo existir el más mínimo síntoma de flaqueza por parte del encargado de gestionar una información que iba a ser demandada por millones de personas. Al contrario, tenía que prepararse mentalmente para, al menos, tres días de tensión máxima, a veces extrema.

El informador, el periodista allí desplazado iba a trabajar y quería encontrarse con alguien que hablara su mismo lenguaje. Informador y dircom debían comportarse como si nada extraordinario hubiese sucedido, como si se hallasen ante un lance informativo más, haciendo invisible cualquier atisbo de sentimiento. Una comunicación sin corazón y rabiosamente profesional donde es más importante el punto de toma de corriente, la hora de llegada de los familiares y el plano limpio para la televisión que el estado anímico en el que puedan encontrarse los más allegados. Y no por indiferencia de los periodistas, sino por la necesidad de dar un servicio a todos aquellos que para conocer la actualidad se asoman a los diferentes medios informativos. Uno demanda un plano concreto, otro

necesita la declaración de un familiar, el de más allá que se le garantice un punto de directo, otro un representante institucional... Un servicio a la carta para más de cincuenta medios que trabajaban con la premisa de la prisa, de ser los primeros y no fallar a las demandas de sus empresas periodísticas.

¿Cómo acercarse a viuda, hijos etc., con el cuerpo aún caliente de su familiar, y abordarles sobre qué tipo de relación quieren mantener con los medios?

¿Cómo se puede interceder adecuadamente entre los medios de comunicación y la familia de un asesinado si el director de comunicación se encuentra inhabilitado psicológicamente?

¿Y no produce escalofríos charlar tensamente con la persona que presuntamente va a sustituir en tal o cual institución al cargo público asesinado para que cuente a los medios cómo se encuentra, cómo afronta la situación?

El responsable de comunicación es plenamente consciente de que en estas circunstancias cualquier fallo, cualquier error de organización, de los mensajes transmitidos tendrá días posteriores, en el mejor de los casos y como mal menor, una contestación contundente de sus propios compañeros de profesión.

Se necesita un dircom comprometido con las necesidades de los *mass media* que al mismo tiempo trate, traslade la información con una sensibilidad exquisita sin sumarse al lamento vital y comprensible de sus compañeros de formación o de institución.

¿Es obligado llevar a cabo las gestiones arriba señaladas?

Los informadores las demandan. Y necesitan respuestas, respuestas con certezas y garantías de que los datos que finalmente se les traslade serán finalmente así. De ahí que, en esas circunstancias, sea clave la figura de un director de comunicación que no tenga sitio para las lágrimas.

Pero aún cabe otra pregunta: ¿Es posible desertar en medio de la tragedia? Imposible e impensable entre personas de reconocida valía profesional conscientes de que esas situaciones exigen una actuación fría orientada exclusivamente por criterios profesionales. Lo contrario impide informar adecuadamente en tiempo y forma.

El atentado por tanto debía vivirlo, debe vivirlo y deberá vivirlo el jefe de prensa de manera desapasionada. Con mente fría y abstraída para evitar venirse abajo. Toda una gestión de la angustia perfectamente metabolizada para que el conjunto de profesionales pueda estar a la altura de las circunstancias.

El compromiso, por tanto, no es otro que el de ofrecer en esos momentos de tensión un servicio público y satisfacer el derecho de la población a mantenerse informada. Una tarea de enorme responsabilidad compartida entre informadores y responsables de comunicación.

Una tarea compartida para por ejemplo no improvisar imágenes del funeral; tarea compartida para definir los planos del entierro a insertar en un directo... Infinidad de cuestiones técnicas a dirimir en una situación de estrés como la que se vive en momentos así. El funeral católico ¿contará con presencia de medios? ¿el celebrante permitirá que se le grabe el sermón? ¿se organizará un protocolo de los primeros bancos? ¿estará la iglesia preparada para todo

ello o habrá que acondicionarla en veinticuatro horas? ¿Y el entierro? ¿Cómo se buscará en el cementerio acomodo a los medios de comunicación si la familia lo consiente? Iglesias y cementerios se vieron convertidos así en improvisados *platós* de muerte y duelo.

El hecho de que sucedieran un sinfín de asesinatos contribuyó implícitamente a protocolizar la cobertura informativa sobre los atentados terroristas, a confeccionar tácitamente un manual ad hoc de comunicación de crisis.

Angustia Personal y Profesional

El hecho más trágico y luctuoso que un dircom puede comunicar tal vez sea la del atentado mortal, puntual, contra un compañero de formación o de profesión. Aflora entonces el profesional que, sin duda, saca la situación adelante. Pero hay otro elemento que el dircom de organizaciones políticas en el punto de mira terrorista debe digerir personalmente: la amenaza.

El atentado, el asesinato, es siempre lo que más impacta, pero el acoso, el hostigamiento, aunque invisible, cercena la libertad de movimientos, acción, opinión de los periodistas, y en este caso de los dircoms. Los responsables de comunicación de los partidos e instituciones a los que ETA señaló y apuntó, tuvieron pues que sobreponerse al terror para informar. Al terror del ambiente enrarecido de una sociedad mediatizada por el miedo, por la sospecha; de una sociedad, como la vasca, a la que le costó despertar y plantar cara de manera colectiva al terror.

Ser funcionario de tal o cual partido amenazado por una banda terrorista convierte a su dircom en objetivo. Y es entonces cuando la salida y regreso al domicilio o el activar la llave del coche generan dosis altas de ansiedad. Incluso

entablar citas para localizar escenarios de posibles actos les vuelven vulnerables. Toda una angustia vital tan solo superada por el fuerte carácter que sin duda acompaña a la persona que en esas circunstancias encarna al dircom.

Es verdad que la opinión pública, en general, está acostumbrada a poner el foco en situaciones internacionalmente conocidas que pueden visibilizar la situación real en la que los periodistas desempeñan su labor profesional. Pero también lo es que esa misma opinión pública no dedica un minuto a quienes están al otro lado de la información y cuya libertad muchas veces se ha visto no solo amenazada, sino laminada.

El asedio total al que la banda terrorista ETA sometió a formaciones políticas constitucionalistas y no nacionalistas en el País Vasco transformó su forma de trabajar, su manera de relacionarse con la sociedad, y su modo de comunicar. La amenaza latente que pesaba sobre el conjunto de la organización política impidió que los partidos trataran de realizar una actividad más o menos normal. Su presencia en la calle era menor, el afecto de vecinos y votantes inexistente, y tan sólo una intensa, medida, y no siempre recompensada comunicación, les mantenía en contacto con la opinión pública.

Para ello, la estructura de los partidos debía contar con un departamento de comunicación totalmente identificado no con las posturas políticas de la formación en cuestión ante tal o cual asunto sectorial, sino con su implicación y compromiso en la batalla de la defensa de la libertad. Sólo así, cargos y técnicos formando una única y sólida estructura, fue posible dar visibilidad a unas formaciones a las que el terrorismo pretendía extinguir.

A lo largo de toda la década de los noventa del pasado siglo XX y la primera del XXI el uso de internet y las nuevas tecnologías no estaba tan generalizado ni entre la población en general ni entre la clase política y los medios comunicación (González-Oñate y Fanjul-Peyró, 2014). No podemos mirar el pasado con los ojos de hoy, pero sí se puede asegurar que, a pesar del miedo, de la tensión, a pesar del riesgo y de la inseguridad que invadía el ambiente social, político y mediático, nadie desertó de su responsabilidad. Por eso la sociedad vasca, la sociedad española y la europea en ningún momento se sintió desinformada gracias a la actitud ejemplar de periodistas, medios de información, partidos políticos y responsables de comunicación.

Muchas veces hemos advertido las características que debiera de tener un buen informador, sobre todo aquellos que tanto en radio como en televisión hacen del directo un ejemplo de profesionalidad altísimo. Por el contrario, son escasos los momentos que deparamos en los atributos y, por qué no decirlo, virtudes que acompañan a quien en esos momentos y en esas circunstancias tan especiales suministra la información esencial a los medios de comunicación desplazados al lugar donde se ha producido un atentado mortal contra cualquier cargo público de una formación política democrática.

El responsable de comunicación de dicha formación debe desterrar toda empatía y ascendencia con la víctima y trabajar en caliente los escenarios que indudablemente marcarán las jornadas siguientes. De no hacerlo corre el riesgo de sentirse y mostrarse impedido para informar (Rivas-Nieto y Plaza, 2015).

La acción del terrorismo mengua la capacidad de concentración de aquel que lo padece. Pero sólo anteponiendo el compromiso es posible que la profesionalidad supere el miedo y la angustia que se llega a padecer. Lo antepusieron en su día los cargos públicos, desde luego, pero también los cuadros técnicos que ante la posibilidad de abandonar optaron por quedarse donde más falta hacía y en el seno de unas formaciones de las que casi ningún profesional deseaba formar parte.

El terrorismo condicionó la comunicación, pero no la eliminó. El canal entre los medios y los partidos estuvo engrasado, no sufrió avería alguna y permitió estar a la altura en los momentos más dramáticos. Incluso cuando la sangre de la víctima inocente aún se desparramaba caliente entre la acera y calzada donde ETA la había ejecutado.

Enterrada la víctima y sellado el nicho, se cerraba la secuencia. La familia se entregaba al recuerdo, el partido trataba de recomponerse, los medios hacían balance y el responsable de prensa repasaba lo ocurrido con el deseo de que se hubiera respetado a los familiares, atendido adecuadamente a los informadores y la formación política fuese consciente de que, a pesar de la tragedia, todo se hubiera desarrollado de manera razonable.

Compromiso con la Verdad

Cuando los jóvenes periodistas abandonan la Facultad la mayoría sueña con escribir grandes reportajes, ser corresponsal de un medio de prestigio, fichar como *community manager* por una multinacional... pero nadie imagina ser comunicador de asesinatos a manos de terroristas, de muertes inocentes, y mucho menos ser el gestor de la comunicación pública de este dolor tan intenso

y desgarrador que provoca el terrorismo. Eso no lo enseñan en las facultades. España, sin embargo, sobre todo desde 1990 hasta el 2011, año en el que la banda terrorista ETA decidió dejar de matar, propició un *know how* sobre la forma de comunicar, obligada, que debían adoptar formaciones democráticas asediadas por el terrorismo: lo que hemos denominado comunicar desde la trinchera.

En verdad, la situación del dircom en zonas de conflicto es desconocida pero no por ello menos llamativa que la de los reporteros de guerra. Estos últimos por lo general eligen el riesgo muchas veces de manera voluntaria, y el agradecimiento hacia ellos siempre será infinito; a los otros unos terceros los eligen y señalan como objetivos a eliminar. Su labor, aun siendo en gran medida irreconocible, resulta esencial para una sociedad informada y necesitada de coordenadas objetivas para formarse una opinión real de lo que acontece a su alrededor.

Una de las muchas lecciones que la tragedia terrorista dejó en el ecosistema mediático fue que, al recurrir a las fuentes originarias, primarias de la información, el producto final que se ofreció a la opinión pública era de calidad y gozaba de un crédito incuestionable.

La invisible pero trascendental presencia del dircom se hace hoy más necesaria que nunca para preservar el servicio de la prensa a una sociedad cada vez más volátil; más volátil y crédula por la ligereza de autocontroles de la propia prensa. Uno de ellos es el contraste constante de las fuentes. Y una de ellas sin duda es el director de comunicación, el jefe de prensa de cualquier formación política, empresa, organismo e institución. Si él vive

amenazado, si su libertad coartada, lo estará el conjunto de la sociedad a la que le llegará una versión distorsionada de la realidad, una apariencia de verdad, una verdad a medias, un engaño colectivo. Es posible sin duda volver a ofrecer un periodismo de calidad, alejado de lo fake, en el que el producto final no sea resultado de una improvisación, sino de un profesional contraste de fuentes.

Ya decía Miguel de Cervantes que la falsedad tiene alas y vuela, y la verdad la sigue arrastrándose, de modo que cuando las gentes se dan cuenta del engaño ya es demasiado tarde. Por ello es necesario que la libertad anide en todos y cada uno de los rincones en los que el periodismo exhibe su categoría, personalidad y vocación de servicio público. La sociedad lo agradecerá.

Referencias

- _____ (8 de mayo de 2000). ETA asesina al periodista José Luis López de Lacalle. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/elmundo/2010/05/07/paisvasco/1273256250.html>
- _____ (8 de junio de 2008). Cronología de los ataques de ETA a los medios de comunicación. El Correo. <https://www.elcorreo.com/vizcaya/20081231/mas-actualidad/politica/cronologia-ataques-medios-comunicacion-200812311134.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com%2F>
- _____ (3 de mayo de 2018). El fin de ETA. *El País*. <https://elpais.com/especiales/2017/desarme-definitivo-de-eta/>
- Amnistía Internacional (2023). Libertad de expresión en España. <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/espana/libertad-de-expresion/>

- Artículo 19. (1987). <https://www.article19.org/>
- Artículo 19, Comité para la Protección de Periodistas [CPJ], Fundación para la Libertad de Prensa [FLIP], IFEX-ALC, Reporteros Sin Fronteras [RSF], Sociedad Interamericana de Prensa [SIP], Voces del Sur [VdS]. (9 de diciembre de 2022). Año trágico para la prensa: organizaciones de América Latina exigen un periodismo libre de violencia. *Fundación para la Libertad de Prensa [FLIP]*. <https://www.flip.org.co/index.php/es/informacion/pronunciamientos/item/2979-ano-tragico-para-la-prensa-organizaciones-de-america-latina-exigen-un-periodismo-libre-de-violencia>
- Asociación Mundial de Periódicos y Editores de Noticias [WAN-IFRA]. (1948). <https://wan-ifra.org/category/espanol/>
- Bellanger, A. [Edit.]. (2023). 2022 Killed list. IFJ'S anual report on Journalists and media staff killed in 2022. International Federation of Journalists. https://www.ifj.org/fileadmin/user_upload/FIJ_2022_Killed_List.pdf
- Comité para la Protección de Periodistas [CPJ] – por sus siglas en inglés] (1981). <https://cpj.org/>
- Elidrissi, F. (1 de febrero de 2018). Reporteros Sin Fronteras denuncia la persecución sufrida por la prensa en Cataluña durante el 'procés'. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/television/2018/02/01/5a73605122601de6308b4621.html>
- Federación Internacional de Periodistas [International Federation of Journalists (IFJ)]. (1946). <https://www.ifj.org/>

- Freedom House. (1941). <https://freedomhouse.org/>
- García-Luengo, O. (2002). Los medios de comunicación y las nuevas tendencias del terrorismo internacional. *Revista Internacional de Sociología*, 60(33), 99–113. <https://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/731>
- González-Egaña, A. (24 de mayo de 2001). «Al asesino de Santi solo le diría: ¿Cómo puedes dispararle siete tiros, que no fue ni uno ni dos, y dormir ese día?». *El Diario Vasco*. <https://www.diariovasco.com/especial/santiago-oleaga/amaia-guridi-viuda-santi-oleaga-20210523112402-nt.html>
- González-Oñate, C. y Fanjul-Peyró, C. (2014). Estrategias y tratamiento de las noticias sobre terrorismo en la televisión. Un estudio sobre el caso español. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 20(2), 753–769. <https://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/47032/44103>
- Intercambio Internacional por la Libertad de Expresión [Freedom of Expression Exchange (IFEX)]. (1992). <https://web.archive.org/web/20070322224842/http://www.ifex.org/>
- International Media Support [IMS]. (2001). <https://www.mediasupport.org/>
- Herri Batasuna (1994). Oldartzen. [Ponencia]
- Koordinadora Abertzale Sozialista (1995). Txinaurriak. [Ponencia]
- Korstanje, M. (2017). Los medios masivos de comunicación y el terrorismo: entre la verdad y el miedo. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 23(1), 61–77. <https://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/55582>

- Media Defence [MD]. (2008). <https://www.mediadefence.org/>
- Molina, C. (14 de diciembre de 2021). Amenazas de muerte y persecuciones judiciales: los principales problemas que sufren los periodistas en España. [Portal] *Publico.es*. <https://www.publico.es/sociedad/amenazas-muerte-persecuciones-judiciales-principales-problemas-sufren-periodistas-espana.html>
- Núñez, J. (24 de junio de 2018). José María Portell: «Un periodista de raza». Portal *Deia.eus*. <https://www.deia.eus/politica/2018/06/24/jose-maria-portell-periodista-raza-4853183.html>
- Oficina del Representante Encargado de la Libertad de los Medios de Información de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa [ORELMI-OSCE]. (1975). <https://www.osce.org/es/institutions-and-structures#representante-medios>
- Open Society Foundations [OSF]. (1993). <https://www.opensocietyfoundations.org/>
- Organización de las Naciones Unidas para la Cultura, las Ciencias y la Educación [Unesco] (1945). <https://www.unesco.org/es>
- Reporteros Sin Fronteras [RSF] (1985). <https://www.rsf-es.org/>
- Rivas-Nieto, P. y Plaza, J. F. (2015). Pautas para la cobertura periodística de actos terroristas. Propuesta de un modelo informativo de responsabilidad democrática. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 21(2), 1207-1223. <https://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/50911/47255>

Sociedad Interamericana de Prensa [SIP]. (1943). <https://www.sipiapa.org/contenidos/home.html>

Soria, C. (diciembre de 2001). Estrategias para combatir el terrorismo desde la Comunicación y la Comunicación Informativa. *Palabra Clave*, (5). <https://palabraclave.unisabana.edu.co/index.php/palabraclave/article/view/372/512>